
DAG HAMMARSKJÖLD
- La mística en el corazón del mundo o
una mirada esperanzada desde la planta 38 -

Lluís Ylla

Breve nota biográfica

1. Se diría que transitó ampliamente por el espacio vital que le fue dado vivir, que lo recorrió intensamente, y que exploró hasta los menores rincones de su condición y de su historia. Dag Hammarskjöld: un actor que creó su personaje. Se podría decir lo mismo de otros, pero posiblemente no de muchos. Lo común parece ser vivir a medio gas, empujar los años hasta el final. ¿Qué hacer, si no, dada la complejidad de la vida y lo pesado de los días, sus fatigas y sus heridas? Algunos hombres y mujeres, sin embargo, se aventuran a “vivir a tope”, o quizá es que les empuja a ello quién sabe qué misteriosas atracciones. Escribía Dag Hammarskjöld en 1951:

«Hay un punto en la existencia en la que todo se vuelve simple, en el que ya no hay elección posible porque todo lo que has apostado se perdería si miras atrás. Es el punto de la vida en el que no hay retorno (*point of no return*, en el original)».

Puede ser que el lector, al contemplar itinerarios singulares como éstos, quede seducido por ellos y descubra o se deje llevar hasta su propio «punto de no retorno» que, al mismo tiempo, es una invitación a sumergirse en lo que él puede llegar a ser.

Dag Hammarskjöld se encontró en un punto así en 1951. Sentía que había alcanzado la cima de su trayectoria profesional como diplomático. ¿Se asomó a los horizontes grises y a los días nublados, no de Suecia sino de la depresión o, más bien, acaso no era que le

llegó su hora, la de decir «sí» a su misión? Se había doctorado en economía en 1933, había vivido ya dos guerras mundiales, durante la segunda había trabajado en defensa de la neutralidad y por el aprovisionamiento de su país, y en 1951 se encontraba en ese *point of no return* que, de no encararse bien, separa de la profundidad espiritual.

«Financiero y político sueco. Nacido en 1905, hijo de Hjalmar. Desempeñó varios cargos como asesor del Gobierno de su país. En marzo de 1953 fue nombrado Secretario General de las Naciones Unidas. Pereció en accidente de aviación el 18 de septiembre de 1961, al dirigirse a Ndola (Rhodesia del Norte) para conferenciar con Moishé Tshombé acerca de la crisis entre la ONU y Katanga. En octubre se le otorgó, a título póstumo, el Premio Nobel de la Paz de 1961».

Apenas unas líneas de una columna de una conocida Enciclopedia para acoger a un desconocido singular. El día después de su muerte, el *New York Times* decía de él:

«Aunque escribió extensamente sobre su filosofía política, pronunció múltiples conferencias y conversó con miles de diplomáticos, Hammarskjöld, el hombre, permanece casi tan oscuro como el día en que llegó, en abril de 1953, para ocupar “el trabajo más imposible en el mundo”, en palabras de su predecesor». Hammarskjöld, un soltero delgado, de mediana estatura y ojos azules, parecía, incluso bajo presión, a la edad de 56 años, varios años más joven, relajado de formas pero siempre con cierta esquizofrenia. Millones de espectadores le han visto en su pose característica: sentado, pensativo y en silencio, con dos dedos presionando su mejilla. Parecía un intelectual y un aristócrata. Sus intereses incluían la música, la literatura, el arte. Pero su mayor interés era, con mucho, su cargo de Secretario General. Hablaba de los tres mil quinientos miembros de la organización como de la “familia de Naciones Unidas”. La modernista sede central era para él “esta casa” y cuidaba de su acondicionamiento como cualquier propietario cuida de su domicilio.»

No obstante, su personalidad merece un tratamiento más exhaustivo que estas simples notas pues Dag Hammarskjöld debería ocupar un puesto destacado entre los estadistas y políticos de gran talla humana del siglo XX, junto a Mahatma Gandhi, Albert Schweitzer, Martín Luther King, Willy Brandt, Nelson Mandela y Vaclav Havel, por citar algunos.

2. Dag Hammarskjöld, el menor de los cuatro hijos de Hjalmar y de Agnes Almquist, nació el 29 de julio de 1905 en Jönköping, un pueblo de la zona central de Suecia, cerca del gran lago de Vättern, el mismo año en que su amigo íntimo, Sven Stolpe, ensayista y autor de cuentos, que publicó un libro sobre él en 1964 ⁽¹⁾. En el mismo año también nacieron su compatriota, la actriz Greta Garbo, el químico español Severo Ochoa y el médico y sacerdote catalán Pere Tarrés, de los que se celebrará el centenario el año próximo, igual en esta fecha se dio a conocer la Teoría de la relatividad de Albert Einstein.

Nuestro personaje nació en el seno de una familia de la alta sociedad, heredera de varias generaciones de «guerreros y funcionarios» comprometidos en la vida pública y política de Suecia. «Hammarskjöld» significa «escudo o protección contra los golpes» (*hammer* es golpe o martillo, y *shield*, escudo, protección). En 1610, el rey Carlos IX de Suecia puso este nombre a un antepasado suyo al que hizo noble en premio a su bravura.

El padre, Hjalmar Hammarskjöld, nacido en 1862, fue gobernador durante muchos años en Uppsala, ciudad situada a unos 100 km al norte de Estocolmo y sede de una de las dos mayores universidades del país. Formó parte del gobierno central en diversas ocasiones (como Ministro de Justicia y de Instrucción pública) e intervino en las negociaciones de Karlstad que desembocaron en la paz e independencia de Suecia frente a Noruega en 1906. El rey lo nombró Primer Ministro y Ministro de la guerra en 1914. Durante la Iª Guerra Mundial, impuso la neutralidad, que fue un factor decisivo para que comenzase el desarrollo de su país. No obstante, la acusación de ser favorable a los Imperios Centrales y las protestas por la escasez de alimentos forzaron su dimisión en 1917. Posteriormente, presidió el Instituto de Derecho Internacional (1924-1938), fue miembro del Tribunal de La Haya y presidente de la Fundación Nobel (de 1929 a 1947). El padre de Dag era, pues, un hombre extremadamente exigen-

(1) Traducido del sueco al inglés en 1996: *Dag Hammarskjöld: A Spiritual Portrait*, New York, Charles Scribner's Sons.

te, muy ausente en la vida cotidiana de Dag salvo en momentos puntuales. Es quien le pregunta «¿por qué un cuatro?» cuando Dag le muestra las notas en las que, en todas las asignaturas salvo en una, había obtenido la máxima calificación, que era un cinco. Es quien le transmite el sentido de lo político: «Mi padre tenía la costumbre de decirme que ser neutral no consiste en decir “sí” a las dos partes sino en decir “no” a una y a otra», según comentaba una vez con ocasión de una de las crisis de Oriente Medio. Y en otra ocasión comentó que su padre le decía siempre que un diplomático tiene que tener la valentía de parecer a veces mal informado e ingenuo.

Su madre, Agnes Almquist provenía de un mundo muy distinto. Nieta de un gran escritor del siglo XIX, hija de una familia intelectual, era una artista de gran sensibilidad, profundamente religiosa, ligada por lazos de amistad y de familia con Lars Olof Jonathan (Nathan) Söderblom, teólogo, escritor y posteriormente arzobispo de Uppsala (de la tradición Luterana) y miembro fundador del Consejo Ecuuménico de las Iglesias ^(?). Su madre escribía a Dag en una de sus cartas: «No tengo a nadie en la vida sino a ti», y cuando éste ingrese en la Academia Sueca, presentará a su madre como una mujer que tenía «una antropología evangélica, la apertura de un niño ante la vida y un anti-racionalismo ligado a unos sentimientos subterráneos muy cálidos». Ni que decir tiene que Dag recibió de ella la pasión por la filosofía y por la poesía.

Dag se mueve, pues, en un entorno familiar muy favorable, de una gran riqueza política, cultural y religiosa. Su primera infancia transcurre en una gran mansión en el centro de Uppsala. A los dieciocho años, en 1923, empieza la Universidad cuando su padre es Gobernador. Estudia, durante dos años, Historia de la literatura francesa, Filosofía social y Política económica, al tiempo que pone las bases de su dominio de idio-

(?) Nathan Söderblom fue un líder activo del ecumenismo. La Conferencia de Estocolmo en 1925, que reunió a las tradiciones Anglicana, Protestante, y Cristiana Ortodoxa, fue la culminación de sus esfuerzos ecuménicos. Recibió el Premio Nobel de la Paz en 1930.

mas (inglés, francés y alemán) y de su buen estilo en la propia lengua. Los tres años siguientes se especializa en Economía. Aunque estudia dos años más de Leyes, hasta 1930, hace el doctorado en Economía, en Estocolmo, en 1933. Su principal interés intelectual y profesional se dirigirá, por tanto, a la política económica y financiera.

3. Dag Hammarskjöld nunca militó en ningún partido político pues se consideraba independiente. Sin embargo, a menudo participó en el gobierno socialdemócrata, que duró en el poder varias décadas y que levantó a su país. De 1930 a 1934, empezó siendo secretario del Comité gubernamental de desempleo. De 1933 a 1936, fue, además, profesor adjunto de Política económica. Su buen hacer en el Comité hizo que se le nombrase secretario del Banco de Suecia en 1935. Un año después, a los 31 años, se le nombró subsecretario permanente del Ministro de Finanzas, uno de los puestos más difíciles entonces, en el que se mantuvo hasta 1945. De 1937 hasta 1948, formó parte del Consejo asesor del Instituto de Investigaciones Económicas. Al mismo tiempo, desde 1941 a 1948, preside el Consejo del Banco Nacional. Por primera vez, una misma persona ocupa ambos puestos (presidente del Consejo del Banco y subsecretario del Ministro de Finanzas). Durante la IIª Guerra Mundial, formó parte del grupo restringido –de tres personas– responsable, a un tiempo, de asegurar el aprovisionamiento y de mantener la neutralidad; lo cual supuso un ritmo sostenido de largas y agotadoras jornadas.

A comienzos de 1945, como consejero del Gabinete para asuntos financieros y económicos, organizó y coordinó –entre otros asuntos– diversos planes gubernamentales para remediar los problemas derivados de la Guerra. Durante estos años, Hammarskjöld jugó un papel importante en la conformación de la política financiera sueca. Por ejemplo, dirigió varias negociaciones comerciales y financieras con Estados Unidos e Inglaterra. De entonces procede el término “economía planificada”, que se le atribuye. Junto con su hermano mayor, que fue subsecretario del Ministerio de Bienestar Social, elaboró la legislación que dio paso a lo que hoy denominamos “estado del bienestar”.

En 1946, sin embargo, su trayectoria profesional inicia un cambio de rumbo. Hammarskjöld entra en contacto, como asesor financiero, con el Ministerio de Asuntos Exteriores. Al año siguiente se le nombra subsecretario responsable de los asuntos económicos del mismo. Hammarskjöld representa temporalmente a su país en misiones internacionales y participa activamente en diversas negociaciones. Representa a Suecia en la Conferencia de París de 1947, clave en el arranque del Plan Marshall de ayuda de los Estados Unidos a una Europa devastada, y, en 1948, es el delegado de su país en la Conferencia de la Organización Europea para la Cooperación Económica (OECD), organismo de cuyo Comité Ejecutivo fue vicepresidente algunos años.

En 1949, se le nombra secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores. En 1950, presidente de la delegación sueca en UNISCAN, organismo de coordinación entre Dinamarca, Suecia, Noruega y el Reino Unido para reconstruir la vida comercial dañada por la Guerra. Y, en 1951, ingresa en el Gobierno como Ministro sin cartera, destinado especialmente a encarar diversos problemas y planes de cooperación económicos ⁽³⁾.

En 1949, y de nuevo de 1951 a 1953, Hammarskjöld es delegado en las Naciones Unidas. En 1951, es vicepresidente de la delegación sueca ante la Sexta Asamblea General, que se celebra en París. En 1952, preside su delegación en la sesión de la Asamblea que se celebra en Nueva York. El 10 de abril de 1953, de forma inesperada, cinco meses después de la dimisión del noruego Trygve Lie, se le elige como secretario general, con cincuenta y siete votos sobre sesenta. Tras un período de cinco años, en septiembre de 1957, vuelve a ser reelegido. Muere en un accidente de aviación el 18 de septiembre de 1961 cerca de Ndola (Rodesia del Norte, hoy Zambia).

Durante su mandato, el prestigio y la efectividad de las Naciones Unidas incrementó. Sin embargo, tal como dijo el *New York Times* el

(3) Una acción señalada de dicho período fue evitar el compromiso de Suecia

día después de su muerte, su vida personal era un huerto cerrado, algo desconocido e impensable incluso salvo para los más íntimos. Sólo su diario, lleno de reflexiones personales y espirituales, *Vägmärken* (marcas en el camino), reveló y dio testimonio, dos años después de su muerte, del mundo personal de un hombre interior que pasó sin hacer ningún alarde, desapercibido tras el buen hacer del diplomático y estadista, pero que vivió su cargo como Secretario General con un corazón de discípulo, descifrando el sentido de su vida a la luz del destino del Maestro del Evangelio.

Antes de pasar a una selección de las páginas de su diario, no estará de más que nos detengamos en conocer con un poco más de detalle el mundo en que se movió nuestro autor.

El sistema de las Naciones Unidas

La Asamblea General de las Naciones Unidas abrió sus sesiones en Londres el 10 de enero de 1946. Dos semanas más tarde, adoptó su primera resolución, centrada en establecer los usos pacíficos de la energía atómica y la eliminación de las armas de destrucción masiva, atómicas u otras. En febrero de 1946, Trygve Lie, ministro de asuntos exteriores de Noruega, fue elegido primer Secretario General.

El sistema de Naciones Unidas al que se incorporará Dag Hammarskjöld es un hervidero de conflictos internacionales de gran magnitud sobre los que planea la distribución de poder que sigue al final de la IIª Guerra Mundial. La “guerra fría” está en pleno apogeo y se dan, además, numerosos procesos de descolonización en Asia y en África. El Secretario General debe manejar un Consejo de Seguridad en que los Cinco Grandes bloquean las propuestas presentadas, y una Asamblea General que no puede tomar decisiones sino

en el proyecto de cooperación militar de la Organización para el Tratado del Atlántico Norte, mientras se llegaba a un acuerdo de colaboración, en lo político, con el Consejo de Europa y, en lo económico, con la Organización para la Cooperación Económica Europea.

sólo discutir y recomendar, con un gran peso e influencia sin embargo sobre la opinión pública mundial.

Aunque las Organización de las Naciones Unidas no era capaz de resolver completamente los asuntos que se le planteaban o poner fin a los conflictos militares, contribuyó, en gran medida, al inicio del diálogo entre los países enfrentados. En muchos casos las fuerzas de pacificación de Naciones Unidas (peacekeeping forces) fueron desplegadas para asegurar la cooperación entre las partes hostiles mientras los mediadores trabajaban con los líderes nacionales para resolver los problemas, organizaban el “alto el fuego” y permitían conseguir acuerdos políticos y diplomáticos.

Hechos relevantes del contexto histórico de Hammarskjöld

Algunos de los acontecimientos más significativos que preceden al período de Dag Hammarskjöld como Secretario General nos ayudarán a recordar dónde se metió al aceptar dicho cargo:

– En julio de 1944 finalizó la conferencia económica de Bretton Woods (Estados Unidos) donde se acordó la creación del Fondo Monetario Internacional (que comenzará a operar en 1947) y del Banco Mundial.

– El año 1945 finaliza la II Guerra Mundial (en mayo en Europa, en agosto en Asia). Se había celebrado antes la conferencia de Yalta (Crimea) en febrero, donde Roosevelt, Churchill y Stalin tratan los problemas derivados de la Guerra. En verano, en Potsdam (cerca de Berlín), Stalin, Truman y Churchill establecen las condiciones de la rendición alemana. Unas semanas antes del comienzo de dicha conferencia se celebra en San Francisco la reunión constituyente de las Naciones Unidas (que entra en vigor el 24 de octubre, con 51 países miembros).

– El 1 de febrero de 1946 se elige al noruego Trygve Lie primer Secretario General. Se crea la UNICEF, la UNESCO, y la OMS, dentro del sistema de Naciones Unidas. A final de este mismo año, la ONU se instala definitivamente en Nueva York.

– También ese mismo año se pone en marcha la Comisión para la Energía Atómica para planificar el control de las armas atómicas. La Unión Soviética rechaza la propuesta de Estados Unidos de que una autoridad internacional supervise cada etapa de la producción atómica.

– El delegado soviético se retira de la sesión del Consejo de Seguridad cuando Irán pide la retirada de las tropas de la Unión Soviética estacionadas en dicho país durante la II Guerra Mundial.

– La Unión Soviética veta cualquier resolución del Consejo de Seguridad sobre la denuncia de Grecia acerca del apoyo de los estados comunistas vecinos a las guerrillas que habían provocado una guerra civil en el país. La Asamblea General, pese al veto soviético, envía una comisión en 1947.

– El Consejo de Seguridad crea en 1946 el «Military Staff Committee» con el objetivo de dirigir las fuerzas armadas de Naciones Unidas, cuyas tropas llevarán a cabo las decisiones del Consejo de Seguridad. La Unión Soviética bloquea cualquier acuerdo de plan a propuesta de dicho Comité.

– En 1947, la Asamblea General, ante la incapacidad del Reino Unido de mantener la paz entre árabes y palestinos, recomienda la creación de dos estados separados.

– Pide, asimismo, elecciones para la recién dividida Corea, donde envía una comisión observadora que Corea del Norte rechaza.

– El 14 de mayo de 1948, los judíos de Palestina proclaman el Estado de Israel. Los estados árabes entran inmediatamente en guerra. Pocas semanas después, intervienen, por primera vez en una zona de conflicto, la fuerza de paz de la ONU (treinta y seis observadores militares desarmados). NU media para llegar a un armisticio, que se firma en 1949, sin que se alcance la paz. NU acuerda que Jerusalén quede bajo su control.

– Naciones Unidas interviene también en las luchas en las Indias Orientales Holandesas. El cese de las hostilidades culmina con la constitución de Indonesia como república independiente.

– También en 1949 se alcanza un cese el fuego en las hostilidades entre India y Pakistán por el control de Cachemira.

– La ONU otorga, en 1949, plena independencia a las antiguas colonias italianas.

– En 1949 surge un gran conflicto dentro del Consejo de Seguridad: en uno de los cinco miembros permanentes, en la República China, el partido comunista conquista la zona continental y el gobierno nacionalista se atrinchera en Formosa (hoy Taiwan). Mao Zedong proclama la República Popular China y la URSS pide su reconocimiento y la expulsión del delegado nacionalista, cosa que USA bloquea. De ahí el boicot posterior de la URSS a todos los órganos donde esté representada la China nacionalista.

– En 1950, tras la invasión de la República de Corea por parte de Corea del Norte, se convoca una sesión de urgencia del Consejo de Seguridad, que pide la retirada de los norcoreanos y autoriza que los estados miembros de NU proporcionen ayuda militar a Corea del Sur para que se defienda.

– Durante la guerra en Corea, la Asamblea General decide que, cuando el Consejo de Seguridad sea incapaz de actuar contra una agresión por el veto de alguno de sus miembros, el resto pueda convocar de emergencia la Asamblea General y recomendar a ésta otras medidas de intervención, incluido el uso de fuerzas armadas. Estos nuevos poderes se emplearán en 1956, siendo Secretario General Hammarskjöld, cuando Egipto nacionalice el Canal de Suez.

– En noviembre de este mismo año, la Asamblea General revoca su condena a la España de Franco. Se concede también la independencia a Libia.

– En 1951, los británicos ocupan el canal de Suez.

– En marzo de 1953, se evacúan las últimas tropas británicas de la India.

El Secretario General, Dag Hammarskjöld

El sábado 30 de junio de 2001, la 189 Asamblea General de las Naciones Unidas aceptaba la recomendación del Consejo de Seguridad, cuyos 15 miembros habían votado el miércoles anterior, por aclamación, proponer a Kofi Annan para un nuevo mandato de cinco años como Secretario General. La propuesta se adoptó por unanimidad, a lo que siguió un largo aplauso. Invitado a tomar la palabra, Annan dijo que la decisión de la Asamblea era un «gran honor» y remarcó que le correspondía continuar cumpliendo su deber. A continuación citó a Hammarskjöld, que había dicho dos cosas al aceptar el cargo: primero, que nadie que acepta este puesto lo hace por «conocer lo que supone sino por un sentido del deber», y segundo, que es un puesto «tan profundamente gratificante como exigente».

Dag Hammarskjöld fue Secretario General de NU desde el 10 de abril de 1953 hasta el 18 de septiembre de 1961, en que murió en un accidente de aviación durante una misión de paz en el Congo. Cuando el noruego Trygve Lie dimitió en 1952 (las grandes potencias no querían reeligirlo), el Consejo de Seguridad, por una mayoría de 10 sobre 11, recomendó a Dag Hammarskjöld para el puesto. La Asamblea General lo eligió por 57 votos sobre 60.

Sverker Astrom (colaborador de Hammarskjöld cuando éste era secretario general del Ministerio de Economía sueco, y embajador de Suecia ante la ONU en 1964) comentaba, en 1990, en una entrevista, que la elección de Dag Hammarskjöld

«fue una completa sorpresa para él y para todo el mundo. No está claro quién tomó la iniciativa en el Consejo de Seguridad. Algunos dicen que fueron los franceses. Pareció aceptable para todos y fue seleccionado. Pero fue una absoluta sorpresa para él. Y lo que es quizás más interesante es que, hasta entonces, había estado absolutamente absorbido por los asuntos europeos. No sólo no había trabajado nunca en NU o para NU sino que era un gran escéptico al respecto. Sin embargo, tenía una enorme capacidad para aprender y adaptarse rápidamente. Después de las primeras veinticuatro horas, se convirtió en un experto y en un entusiasta de la idea de Naciones Unidas».

Competente, poco conocido, funcionario de segundo rango de un país neutral, parecía, a primera vista, un candidato cómodo, una persona reservada y tímida, fácil de controlar, que se conformaría con ser un buen gestor y no un político controvertido: lo ideal para las grandes potencias. Sin embargo, Hammarskjöld no se limitó a ser un administrador inocuo. Desde el comienzo fue una persona extremadamente decidida, activa, estructurada, que abordaba de frente los asuntos, trabajador y eficiente, de modo que fue adquiriendo autoridad.

La ONU era una organización de cuatro mil personas procedentes de setenta países. Además de los problemas propios de una gran administración, tenía los problemas derivados de su misión: necesitaba ganarse un prestigio empañado por la «guerra fría». Cara a dentro, el primer gesto de Hammarskjöld fue visitar, en dos semanas, todos los despachos de los treinta y ocho pisos de la sede y saludar e informarse de los problemas de cada uno de sus colaboradores. Desde el primer momento tomó, además, medidas para contener el gasto, mejorar la eficiencia e incrementar la idoneidad de los candidatos a ocupar algún puesto.

En su primer año como Secretario General, lo invitaban a actos diversos pero solía declinar dichas invitaciones. Prefería organizar pequeñas cenas en su apartamento de la Park Avenue. Y, aunque raramente encontraba tiempo para acudir a la ópera o al teatro –dos de sus aficiones favoritas–, estaba al corriente de las representaciones que se hacían. Animó a que se usara el vestíbulo de la Asamblea para realizar conciertos en ocasiones como el Día de Naciones Unidas.

Cuando llegó a Naciones Unidas, la moral estaba en su punto más bajo por las investigaciones, dirigidas por el senador Joseph R. McCarthy, acerca de la “lealtad” de las personas promovidas por el Senado de Estados Unidos para NU. Su primera tarea fue levantar esta moral. Inició la costumbre de reunirse con su equipo antes de cada Asamblea. Ocasionalmente se le veía en la cola de la cafetería con su bandeja. Con el paso del tiempo, el incremento de las presio-

nes y de las responsabilidades le obligaron a abandonar estas costumbres y quedar aislado en la planta treinta y ocho, sólo al alcance de su equipo inmediato. Su relación con el cuerpo diplomático iba de la corrección a la cordialidad, pero tenía muy pocos amigos y aún menos íntimos. En momentos de presión, trabajaba largas jornadas en su oficina, decorada con cuadros seleccionados personalmente en el Museo de Arte Moderno. Trabajaba en un despacho ordenado, fumando en pipa o cigarrillos rubios, a menudo con las ventanas abiertas para captar las sirenas de los barcos.

Puso en marcha regulaciones que definían sus responsabilidades al tiempo que luchó para que el Secretario General tuviese libertad para realizar acciones de emergencia sin la aprobación previa del Consejo de Seguridad o de la Asamblea General. Y dio así un gran impulso a un organismo que, en aquellos momentos, todavía estaba empezando a definir su identidad práctica en el terreno internacional. La ausencia de grandes crisis internacionales durante los tres primeros años facilitó que se concentrase en la consolidar una confianza general en torno a él y a su cargo.

Como Secretario General, Dag Hammarskjöld combinó la fuerza moral con la flexibilidad de las formas en los distintos retos de los encuentros internacionales. Redujo los temores, ampliamente extendidos, de que NU estarían completamente dominada por su principal soporte financiero, los USA. Su puesto le procuró, sin embargo, críticas desde todas partes. Los conflictos internacionales tenían mucha virulencia y se alcanzaron situaciones de mucha gravedad. La actividad de Hammarskjöld contribuía, una y otra vez, a alejar el fantasma de la guerra entre los dos bloques, ya fuese nuclear o a través de la influencia de éstos en las luchas de las excolonias africanas y asiáticas que se independizaban. Intentó ser fiel a su misión de ser conciliador, imparcial, justo, ajeno a ninguna presión. Mientras sostenía violentas discusiones con Nasser, los israelíes lo catalogaban como «huidizo como una anguila», y, mientras los americanos le reprochaban falta de firmeza frente al comunismo, los rusos le acusaban de ser pro-occidental.

Su acción política mereció diversas valoraciones. Algunos le acusaban de ingenuidad, especialmente en la gestión de la crisis del Congo. Pero su forma de hacer le llevó a ser respetado por la mayoría de los países, que confiaban en su integridad, lo cual condujo a que fuese reelegido por unanimidad. Era un mediador infatigable, capaz de no encolerizarse nunca, de no expresar su decepción y de ejercer el arte de la diplomacia, especialmente difícil desde su puesto: no decir nunca ni sí ni no, ser un buen negociador y tener un alto sentido del deber. Sabía actuar con agilidad, elegir sus posiciones y mantenerse en ellas.

Hamarskjöld intervino en múltiples acontecimientos (detención de pilotos americanos en China, crisis del Canal de Suez, crisis en el Congo), pero sus principales contribuciones fueron las dos conferencias internacionales para el control de la utilización de la energía atómica. Consciente de las modestas posibilidades de Naciones Unidas, confesó, en una conversación privada, que la ONU era una experiencia prematura de la reconciliación internacional, y reconocía: «si la experiencia sale mal, Dios sabe cuándo volverá a tener la humanidad otra oportunidad de volver a intentar algo parecido».

No escatimó viajes para abordar en directo las situaciones de conflicto. Creía en la relación personal para enfrentar las situaciones difíciles. Viajó a China con ocasión de la detención de unos pilotos americanos, a Cachemira para observar el cese el fuego a la lucha indio-pakistaní, al Líbano, o a reunirse con líderes de diversos países africanos en sus últimos años. Creía que África, en proceso de descolonización, era el gran reto de los sesenta. Impresionado por la madurez política de muchos de sus líderes, trabajó no sólo en favor del reconocimiento político de dichos países y en su incorporación al foro internacional de NU, sino también a favor de la ayuda financiera a gran escala y en la formación de equipos dirigentes capaces y solventes.

Como Secretario General pronunció numerosas conferencias. En estas «piezas de convicción», plasmó su pensamiento político, una

«evocación del dinamismo del momento... un testimonio público... una meditación hecha al ritmo de una época» ⁽⁴⁾. Con su pensamiento contribuyó a que el derecho internacional evolucionase innovadoramente. Su pensamiento político albergaba «una bella perspectiva hacia el futuro» y, aunque su visión se ejercía desde arriba, «nunca perdía un realismo propio de quien tiene los pies en el suelo» ⁽⁵⁾. Un ejemplo fue la creación del “Servicio administrativo internacional”. El desarrollo de los países es no sólo un asunto de economía sino también de un «saber hacer», de una capacidad de actuar eficazmente gracias a disponer de personas capacitadas. Se trataba de impulsar un cuerpo de expertos administrativos que viviesen y trabajasen en países subdesarrollados y contribuyesen a formar profesionales locales en los temas de desarrollo de los propios países.

Con una intensidad creciente, subrayaba, en cada informe anual a la Asamblea General, que NU debía ser un instrumento dinámico al servicio del desarrollo. En su último informe, del 17 de agosto de 1961, que ha quedado como su testamento político, en un tono penetrante a la vez que contenido, criticó a aquellos estados miembros que mantenían «la reverenciada filosofía del momento a favor de unos estados nacionales soberanos gracias a su competitividad armamentística, de los cuales, lo más que se podía esperar era que alcanzasen una coexistencia pacífica». E insistió en que esta filosofía no respondía a un mundo en creciente interdependencia, en el que las naciones disponían, sin embargo, de fuerzas destructivas hasta ahora desconocidas. Las Naciones Unidas debían abrir caminos hacia formas más desarrolladas de cooperación internacional.

Escribía él mismo sus conferencias, a menudo en una prosa difusa que las hacían de difícil interpretación. Deliberadamente elegía palabras cautas y grises. Reconocía usar ex profeso un lenguaje plano, ajeno al lenguaje enérgico propio de la prensa.

⁽⁴⁾ Carta a Alexis Saint-Leger, en febrero de 1959.

⁽⁵⁾ Carta a Alexis Saint-Leger, de 3 de junio de 1960.

Su gestión, además de las críticas soviéticas, recibió numerosas objeciones. Se le reprochó haber fallado, con su “diplomacia privada” con el Cairo, en el cumplimiento de las resoluciones sobre el derecho de paso por el canal de Suez. Se le criticó su poca disposición para compartir confidencias o delegar autoridad. Algunos observadores consideraban que había cambiado, durante sus años en NU, y que se había vuelto demasiado seguro de sí mismo. Esta observación corrió con ocasión de su oferta para mediar en la crisis de Bizerta entre Francia y Túnez. Y se dijo también que había realizado un planteamiento ingenuo en el caso de la crisis del Congo.

Ser Secretario General de Naciones Unidas es una experiencia difícil de imaginar para la mayoría. La elevación y el vértigo pueden ser extremadamente intensos. No obstante, la experiencia en puestos y en situaciones en las que –a escala reducida– se toca el poder, se toman decisiones que afectan a muchas personas y se conoce la letra pequeña de la vida, de las instituciones y de sus dirigentes, nos puede permitir atisbar, por analogía, lo que debía de ser estar en la planta treinta y ocho del edificio de NU o hablar en el salón de sesiones de la Asamblea General, frente a delegados de todos los países, entre ellos los presidentes de la URSS y de EE UU, o, en el año 1960, cuando Khruchtchev se sacó el zapato y golpeó la mesa de su delegación, máxime si estas personas deciden guerras, provocan conflictos y lanzan amenazas que pueden ocasionar miles de muertes o decidir la paz y abrir a una esperanza.

Pasear siete kilómetros por el desierto del Negueb con el primer ministro de Israel, David Ben Gurion, hablando del armisticio con los vecinos árabes, o navegar por el Mar Negro con Khruchtchev cuando las relaciones eran afables (Hammarskjöld dijo que «habían hablado el lenguaje del mar»), no son circunstancias comunes. La conciencia y la experiencia de los hilos de poder que afectan a los países, que crean guerras y firman paces, que inician conflictos o promueven el desarrollo, puede ser de susto. Todo ello vivido en un cuerpo tan limitado y frágil como el de cualquiera, con las reflexiones, cansancios, miedos, esperanzas, soledades y vacíos de cualquiera, y

con la exigencia de actuar inteligentemente para situarse frente a tanta información, frente tantas situaciones y frente a uno mismo, desde esta posición tan elevada.

El Comité para el Nobel del Parlamento Noruego le concedió el Premio de la Paz, póstumamente, en 1961. En el discurso de aceptación, Rolf Edberg, embajador de Suecia en Noruega, subrayó el compromiso de su compatriota con África, ese continente que despertaba, que estaba en plena fermentación y que fue su destino final. Hammarskjöld había dicho que la próxima década sería la de África. Creía que el proceso de organización que lleva de la tribu al poblado y al pueblo, no podía acabar en la nación. Pensaba en NU como una referencia y un ensayo de lo que él denominaba «una comunidad internacional organizada». Sobre la persona de Hammarskjöld añadió:

«Nadie de los que lo trataban se daba cuenta de que tenía un espacio de quietud dentro de sí. Probablemente nadie fue nunca capaz de entrar en esa estancia. Pero quizás podemos pensar que había encontrado algo que era esencial para él en el último libro que estaba traduciendo, el vigoroso trabajo *Ich und Du* (Yo y tú), en el que el filósofo judío Martín Buber plantea su creencia de que todo lo viviente se encuentra. Hammarskjöld creía que había puentes invisibles en los que la gente se podía encontrar por encima de los límites de las ideologías, razas y naciones».

Muerte en el Congo

Cuando el Congo (hoy República Democrática del Congo, exZaire) logró la independencia en junio de 1960, la rica región minera de Katanga, liderada por Moishé Tshombé, vio la posibilidad de separarse. Intereses mineros belgas en la zona, cuyo objetivo era beneficiarse de la extracción mineral, apoyaron financieramente el intento, mientras mercenarios blancos aportaron el apoyo militar. Funcionarios de Naciones Unidas intentaron persuadir a Tshombé para que se desplazase a Leopoldville, la capital del Congo, a reunirse con el Secretario General. Tras iniciarse los combates en Katanga, Dag Hammararskjöld decidió ir a reunirse él con Tshombé. Esta fue la razón de que volase

primero a Leopoldville y luego a Ndola (en Rodesia del Norte, entonces parte de la Federación Centro-Africana gobernada por Inglaterra, y hoy Zambia). Había comentado que era una situación difícil para él pues suponía ausentarse justo antes de la apertura de la sesión de la Asamblea General. Pero valoraba mucho el contacto personal con los líderes del Congo como medio para resolver el conflicto. El cuatrimotor DC-6 que le transportaba despegó de Leopoldville el 17 de septiembre de 1961 y no llegó a su destino. Poco después de la medianoche, el avión se estrelló en una zona boscosa, seis kilómetros al este de su destino, y murieron en el acto catorce de las quince personas que viajaban. El único superviviente falleció al cabo de pocos días.

«Dag Hammarskjöld, el delgado y pelirrojo diplomático sueco, murió la víspera de la sesión de la Asamblea General que debía tratar problemas como el de Berlín y el de la China Comunista», escribió el *New York Times* del 19 de septiembre de 1961. Este accidente sigue siendo aún un asunto controvertido. Se habló de «fatal accidente», de «accidente fortuito», de un error del piloto. Se dijo que el piloto descendió sin suficiente visibilidad, o porque usaba un mapa erróneo o porque la información facilitada por los rebeldes de Tshombé era errónea. Se habló de que fueron atacados con armas de fuego. Se especuló acerca de que él mismo planeó un accidente, o que la causa fue alguna avería del aparato por los disparos que había recibido pocos días antes. No hay una versión oficial precisa y las sospechas de que se trató de un atentado perduran.

La muerte de Hammarskjöld es un interrogante más en la larga lista de «conspiraciones, magnicidios y crímenes del siglo XX». Informes recientes (memorias de diplomáticos, investigaciones periodísticas) se inclinan hacia una versión distinta de la de un accidente fortuito. Harold Julian, antes de fallecer, habló, a la policía de Rodesia, de destellos o chispas en el cielo, de una explosión, y de que Hammarskjöld ordenó al piloto que regresara. El protocolo de estas declaraciones sigue siendo un documento reservado. Investigaciones periodísticas afirman que los mercenarios que detentaban el control de la rica región minera de Katanga querían detener como fuera la

misión que pretendía reintegrar aquella zona al recién independizado Congo. Su idea era secuestrar a Hammarskjöld para evitar que se reuniera con Tshombé. Desde un avión militar, se quería obligar al DC-6 de Hammarskjöld a que se desviara a Kamina o Kolwezi en vez de aterrizar en Ndola. Realizado el contacto por radio, después de lanzar la luz de los focos sobre el DC-6, un disparo de aviso alcanzó por error al avión y provocó la avería que hizo que se estrellase.

En el avión se encontraron algunas pertenencias del Secretario General: una camisa de recambio, un cepillo de dientes, la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis y la obra de Martín Buber que estaba traduciendo. Doblado entre las páginas de la *Imitación de Cristo* estaba el texto del juramento como Secretario General:

«Yo, Dag Hammarskjöld, juro solemnemente ejercer con total lealtad, discreción y conciencia, las funciones a mí confiadas como Secretario General de las Naciones Unidas, cumplir estas funciones y regular mi conducta en interés de Naciones Unidas...»

Su cuerpo se trasladó a Suecia, donde se hicieron sus funerales.

«La muerte trágica de Dag Hammarskjöld conmueve ciertamente a toda la familia humana. Nos recuerda, de forma dolorosa, todo lo que el pensamiento y el alma sueca pueden aportar a la historia de nuestro tiempo. Para quienes han conocido al hombre y compartido su amistad, Dag Hammarskjöld continúa siendo una de las figuras más caballerescas que han conocido: era la nobleza, el coraje y el honor en persona, todo exigencia hacia sí mismo y todo espíritu de sacrificio al servicio de una gran causa que nos concierne a todos. Él es el héroe y el mártir de esta causa. Que su idealismo y su fe sigan viviendo y actuando después de él».

Esto es lo que escribió Alexis Saint-Leger Leger, nombre con que el poeta Saint-John Perse firmó la carta que, el 20 de septiembre de 1961, dirigió al rey Gustavo de Suecia.

Suecia en tiempos de Dag Hammarskjöld

Cuando nace Hammarskjöld, Suecia, país que acababa de independizarse del reino de Noruega, estaba saliendo de la pobreza. Un

veinte por ciento de su población (un millón de personas de cinco que eran en total) había tenido que emigrar, entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, principalmente a Estados Unidos. Esta emigración permitió que Suecia, a partir de la última década del siglo XIX, acelerase su industrialización y empezase a convertirse en un país solvente y en expansión. La emigración de una quinta parte de la población fue el primer paso de la otra cara del cambio de una economía agrícola a una economía industrial y urbana: de un 90 % de población agrícola a finales del siglo XIX, se pasó a un 50 % en 1930 y a un 20 % en 1950 ⁽⁶⁾.

Suecia era un país con una mentalidad política liberal muy arraigada que dio paso, posteriormente, a una mentalidad socialdemócrata operativa. En la segunda mitad del siglo XIX, los movimientos sociales fueron muy activos, así como un incipiente movimiento

(6) Lo ocurrido en Suecia formó parte de un movimiento, de una mutación común en toda Europa si atendemos a los parámetros de una historia global y no nacional. La revolución científica e industrial que, en el siglo XIX, se consolida en Europa tuvo, en primer lugar, dos consecuencias: primero, el dominio de las comunicaciones, por las que los europeos llegaban a cualquier rincón del mundo, y, segundo, el aumento demográfico dentro de la propia Europa. Europa, como decía Ortega en *La rebelión de las masas*, estaba llena, el mundo daba la impresión de estar lleno. Estas dos consecuencias derivaron en otras dos. La tercera consecuencia fue un nuevo paso adelante en la expansión europea que, desde luego, tampoco esta vez fue inocua (en 1865, la trata de negros por el Atlántico era todavía normal; en 1895, fue el reparto de África; y el dominio europeo del interior de Asia se consolidó a partir de mediados del XIX: la victoria inglesa sobre India fue en 1849; y China, que no fue ni ocupada ni colonizada, fue saqueada y repartida entre las grandes potencias a partir de la Guerra del Opio (1840-42)). La cuarta consecuencia de la revolución científica e industrial, en este caso sanitaria, fue que, dado que Europa estaba llena, muchos europeos tuvieron que emigrar. El éxodo europeo evitó grandes conflictos y fue el mayor movimiento migratorio hasta la fecha. Los europeos eran 187 millones en 1800, es decir, el 21 % de la humanidad de entonces, y pasaron a ser 400 millones en 1900, es decir, el 25 % del total, hasta llegar a ser casi el 35 % en 1930 (ahora, en el año 2000, los europeos y sus descendientes son el 10 % de toda la población del planeta). Durante el siglo XIX, en concreto en el período de 1846-1890, emigraron, a otros Continentes, al rededor de 377.000 europeos por año; de 1891 a 1920, 911.000 por año y, de 1921 a 1929, 366.000. En total, más de 50

obrero que creció con la industrialización y que se consolidó con la fundación del partido socialdemócrata en 1889. La educación universal era ley en 1842; la igualdad del hombre y la mujer en derecho sucesorio fue ley en 1845; los derechos de la mujer soltera, en 1858; y la libertad religiosa, en 1860. Desde 1908, se estableció el sufragio “universal” que, sin embargo, sólo diez años después se extendió a la mujer. En 1913 se estableció el seguro para la vejez. Y, en 1918, la jornada laboral de ocho horas.

Entrado el siglo XIX, la influencia predominante de la cultura alemana sustituyó a la francesa del siglo anterior (7). La cultura y la literatura suecas apenas si se conocen entre nosotros. Por ejemplo, autores

millones de europeos tuvieron que dejar el Viejo Continente. El mayor número de ellos emigró a Estados Unidos. De los 93 millones de norteamericanos de 1913, más de 13 millones habían nacido fuera. En 1930, unos 20 millones de europeos nacidos en Europa vivían en otros Continentes: 14 en Estados Unidos, 5 en Latinoamérica (sobre todo en Argentina y Brasil) y algo más de un millón en Australia y África. Como decíamos al comienzo de esta nota, la emigración sueca fue una pequeña parte de esta gran emigración, que es como el lado pobre de la expansión europea que está en el origen de los desequilibrios que Hammarskjöld vivió de cerca en la ONU, justo en el período de la descolonización (Ver: Carlo M. Cipolla, *Historia económica de la población mundial*, Barcelona, 1994, p. 131-135).

(7) La influencia alemana tuvo tanto un lado progresista como otro más oscuro cuando se impuso el nazismo. Siguiendo la defensa de la “pureza” de la raza sueca preconizada por el Instituto de Biología Racial de Uppsala, en 1922 se promulgó la primera ley eugenésica europea, a la que siguieron las de otros países. Con esta ley, que no se derogó hasta 1976, se justificó que, a partir de 1935, se esterilizaran más de sesenta mil personas, en su mayoría mujeres, para evitar que «seres humanos inferiores se multiplicaran». Se trata de un asunto oscuro de la historia reciente de este país, con complicidades del SAP (Partido socialdemócrata sueco). Este tema salió a la luz pública a finales de los años ochenta, y dio pie a un polémico debate ideológico-moral que ha arrojado luz sobre dudosos aspectos del pasado de Suecia. Desde que el caso sueco salió a la luz, se ha revelado que otros países llevaron asimismo a cabo programas de esterilización basados en ideas eugenésicas relacionadas con el nazismo. Así ocurrió en Austria, Francia, Finlandia, Noruega y Suiza, y en veintisiete estados norteamericanos que, en 1931, aprobaron leyes eugenésicas. Ver, como fuentes más fiables, la nota de prensa de la BBC y la de la World Socialist Web site:

del siglo XVIII como el padre de la literatura sueca, el filósofo místico Swedenborg, o como el poeta nacional Carl Michael Bellman; o autores del siglo XIX, como el controvertido novelista y dramaturgo August Strindberg (1849-1912) o la novelista Selma Lagerlöf (1858-1940), o la “poesía proletaria” de la primera mitad del siglo XX, son algunas referencias importantes que llegan a nuestros climas con cuentagotas y apenas si se conocen. Sin embargo, a través del cine hemos podido conocer, por ejemplo, hace unos seis años, *Jerusalén*, una historia muy interesante, basada en una novela de S. Lagerlöf y fechada en 1901-1902. Por no hablar de la obra de Ingmar Bergman. Tanto en sus películas de los años sesenta y setenta, como en las posteriores (suyas y de algunos de sus discípulos) acerca de la historia de su familia, hemos podido conocer algo del clima de fondo protestante de este país, así como su forma peculiar de vivir el conflicto que supuso el cambio de mentalidad propio del siglo XX a comienzos de éste.

La monarquía, bajo la que sirvió su padre, pasó a ser parlamentaria en 1918. El partido socialdemócrata llegó al poder en 1932 y se mantuvo en él hasta 1976. Bajo el liderazgo de Tage Erlander, impulsó el pacto entre trabajadores e industriales al que se llegó en 1938. Este contexto político propició una serie de medidas que permitieron combinar un sistema de economía capitalista con una fuerte intervención del Estado, es decir, un acelerado crecimiento industrial y económico y una redistribución consecuente mediante un sistema fiscal directo.

Desde la Iª Guerra Mundial en adelante, Suecia se mantuvo neutral. Optó por no integrarse en alianzas militares en tiempo de paz para poder ser neutral en tiempo de guerra. Esto exigía mantener un sistema de defensa fuerte, un servicio militar obligatorio y una economía productiva proteccionista, con un alto porcentaje de autoabastecimiento. Esta neutralidad favoreció su expansión comercial ante la amplia demanda internacional de acero y de madera y derivados. Durante la

http://news.bbc.co.uk/1/low/health/background_briefings/international/290661.stm
<http://www.wsws.org/articles/1999/mar1999/euge19m.shtml>

IIª Guerra Mundial, el boicot de las rutas comerciales provocó una gran escasez de alimentos. Sin embargo, la neutralidad ayudó a la recuperación económica de postguerra. Suecia se convirtió en un país de referencia por su modelo de alto rendimiento económico y de alto grado de bienestar social. Acabada la Guerra, consecuente con su neutralidad, Suecia optó por centrar su política exterior en apoyar a las Naciones Unidas y las acciones de ésta a favor del desarme.

Otros aspectos de Dag Hammarskjöld

Además de hombre público inmerso en la alta política, Dag Hammarskjöld era hombre de vida familiar, de relaciones personales escogidas, celoso de su intimidad, buscador intenso en los espacios de la estética y del alma, es decir, en la contemplación del arte, el placer de la lectura, la exploración de la propia interioridad y el conocimiento de la experiencia humana. Desde muy pronto, Dag Hammarskjöld es un solitario, con pocas relaciones de amistad. «No es fácil llegar a conocerle», comentará uno de sus colaboradores. Después de trabajar largas horas en su oficina, cuando sus compromisos se lo permitían, discretamente se escapaba a la soledad de su apartamento donde cenaba y pasaba la última parte del día leyendo.

Tanto podía disfrutar de la poesía en los siete idiomas que dominaba (desde Herman Hesse a Emily Dickinson) como de la pintura (especialmente del impresionismo) o de la música (en particular de Beethoven). En Nueva York desarrolló aún más sus aficiones. Contribuyó, por ejemplo, a que las obras teatrales de E. O'Neill se conociesen y se representasen tanto en América como en Europa. Como aficionado y conocedor de la pintura moderna, cuando fue al Museum of Modern Art de Nueva York para adquirir algunas obras y exponerlas en la sede de la ONU, el conservador del museo, que no sabía quién era, comentó, impresionado por sus conocimientos, que debía de ser el conservador del Royal Swedish Museum.

Era, además, un competente gimnasta, un vigoroso esquiador, un buen ciclista y un montañero. Amante de la naturaleza, desde su

juventud se dedicó al montañismo en el norte de Suecia. Presidió el Club Alpinista Sueco durante muchos años. De hecho, la parte más extensa de sus escritos son los editoriales de la revista de dicho Club. Durante muchos años, parte de sus vacaciones consistían en un viaje en bicicleta. Con treinta y seis años, mientras hacía una de estos viajes por el sur de su país, al preguntar por una habitación, le indicaron un albergue juvenil porque aparentaba ser más joven de lo que realmente era.

Incluso sus colaboradores más próximos ignoraban por completo su vida religiosa profunda pese a que, en sus últimos años, participó en algunos diálogos acerca de la teología cristiana. Por eso la publicación de su diario sorprendió tanto. Hammarskjöld se confesaba cristiano pero no parecía considerarse de ninguna iglesia particular. Los grandes maestros de la mística (Eckhart, Juan de la Cruz) eran parte de su lectura frecuente. *La Imitación de Cristo* fue su libro de cabecera durante sus últimos meses. Acudía a menudo a las liturgias de los domingos, pero en distintos lugares, a menudo en iglesias de población negra, o entraba secretamente en templos protestantes, ortodoxos o católicos. Al final de su vida, se interesó por el taoísmo y el sufismo.

Iniciativa suya fue que hubiese una sala de meditación aconfesional en el edificio de la ONU, con un altar de piedra en el centro, que simbolizaba todos los cultos: un bloque de hierro sobre el que incidía un rayo de luz ⁽⁸⁾. A la entrada, en una placa de mármol negro, hay un texto suyo: «Ésta es una sala dedicada a la paz y a aquellos que están dando su vida por la paz. Ésta es una habitación de quietud donde sólo deben hablar los pensamientos». El texto de un folleto que se entrega a los visitantes a la entrada también es suyo. La primera frase dice: «Tenemos un centro en nosotros mismos, un centro de serenidad rodeado de silencio». *Vägmärken* expresa, clara o alu-

⁽⁸⁾ En 1957, en la inauguración de la *Meditation Room* (Sala de meditación), Dag Hammarskjöld la definió como «un lugar cuyas puertas están abiertas a las tierras infinitas del pensamiento y la oración».

sivamente según el caso, esta dimensión religiosa suya, cuyo origen son las tradiciones cristianas de la Reforma, la Biblia y los textos de la mística medieval y renacentista.

Hemos dicho que fue un gran lector, especialmente de poesía, durante toda su vida. Era asimismo coleccionista y tenía una importante biblioteca. Las citas que anota en *Vägmärken* descubren sus preferencias. Aparte de los autores ya indicados, cita, a menudo en su lengua original: el *Libro de la Plegaria Común*, Birger Sjöberg (periodista, poeta, novelista y cantautor sueco, 1885-1929), Hölderlin (poeta alemán, 1770-1843), Joseph Conrad (novelista británico de origen polaco, 1857-1924), Julien Gracq (novelista francés nacido en 1910), Thomas Browne (poeta inglés del siglo XVII), Gunnar Ekelöf (poeta sueco, 1907-1968), Karin Boye (poeta y novelista sueca, traductora de T. S. Elliot, 1900-1941), , Henry Ibsen (dramaturgo y poeta noruego, 1828-1906), Saint-John Perse (poeta y político francés, 1887-1975, cuya poesía tradujo al sueco, premio Nobel en 1960), Hans Fallada (novelista alemán, 1893-1947), Eric Axel Karlfeldt (poeta sueco, premio Nobel de Literatura en 1931, 1864-1931), Djuna Barnes (poetisa estadounidense, 1892-1982), Paul la Cour (poeta danés, 1902-1956), T. E. Lawrence (soldado, explorador y escritor inglés, 1888-1935), Gösta Lundqvist (escritor sueco, 1894-1967), Bertil Malmberg (poeta y escritor sueco, 1889-1958), así como escritores a menudo más difundidos en nuestro entorno cultural como Confucio, Lao Tse, Teresa de Ávila, William Shakespeare, Blaise Pascal, Charles Péguy, Albert Camus, Albert Schweitzer, Simone Weil, Gabriel Marcel y Martin Buber (°).

Dag Hammarskjöld escribió un ensayo, «El servidor público en la sociedad», donde expuso su idea del trabajo diplomático. Pensaba que el servidor público debía ser neutral en el sentido de no defender ningún punto de vista particular y de trascender el deseo de satisfac-

(°) Martin Buber y Dag Hammarskjöld se encontraron al menos una vez, y, en 1959, Dag Hammarskjöld dio su apoyo para que Buber recibiera el premio Nobel de la paz. Buber recibió en Jerusalén las pruebas de la traducción que Hammarskjöld había hecho de su obra *Yo y tú* poco después de enterarse de su muerte.

ción personal. En 1954, en una serie de conferencias donde intervinieron otras personas en una radio canadiense, y cuyo título genérico era «Lo que yo creo», desarrolló su idea de lo que era una función pública además de una síntesis de sus creencias, fruto de una madurez que le había costado alcanzar, tal como expresamente dijo. El servicio desinteresado, el sacrificio, el coraje que domina el miedo, las convicciones, eran sus valores. También mencionó en este escrito su herencia de «guerreros y funcionarios» por parte de su padre, y la de «sabios y sacerdotes» por la de su madre. Habló de «la herencia de la fe, que, en el sentido radical y auténtico de los Evangelios, significa que los seres humanos son iguales, hijos de Dios a los que hay que tratar como señores, en Dios». Era un lenguaje inaudito en un alto funcionario de un país cuyo clima cultural no era ni mucho menos favorable a lo que sonase a religión o a espiritualidad, consideradas por lo general como restos de una etapa infantil de la cultura.

Si exceptuamos el ensayo mencionado, *Vägmärken* es su único libro. Sólo dos o tres personas conocían su existencia aunque no lo habían visto nunca. Se encontró en su apartamento, entre sus papeles. Era un cuaderno con una página de presentación, dirigida a Leif Belgrafe, subsecretario de Asuntos Exteriores sueco, en la que autorizaba su publicación aunque lo empezó a escribir para sí mismo, sin pensar que alguien pudiera llegar a leerlo.

En *Vägmärken* no nos dice nada sobre su acción como Secretario General, aunque muchos párrafos se refieren a distintas situaciones y eventos relacionados con su actividad en Naciones Unidas. Era una «especie de “libro blanco” relativo «a mis negociaciones conmigo mismo y con Dios». «Negociaciones»: un término con un sentido sutil y humorístico en la pluma de un diplomático. «Con Dios», que, para Hammarskjöld, era «un término cómodo en la biblioteca de la vida, siempre a mano pero rara vez utilizado y que, en la pura realidad del instante en que nace, es júbilo y brisa refrescante cuya proximidad es incapaz de retener la memoria». Dios, que, «cuando nos vemos obligados a contemplarnos cara a cara, se alza ante nosotros en su impresionante realidad, fuera del ámbito de las discusiones y

del sentimiento, y más potente que todo olvido protector»⁽¹⁰⁾. *Vägmärken* es el relato de sus luchas (la autoexigencia, la soledad, el sentido de la vida), de su entrega y de sus hallazgos.

Hemos dicho que lo empezó a escribir «sin pensar en que alguien pudiera llegar a leerlo». Sin embargo, poco a poco pensó que iba siendo el único testimonio a través del cual se podría comprender el fondo de su vida. Por eso añadía: «dadas mis vicisitudes posteriores, y todo lo que se dice y escribe sobre mí, la situación ha cambiado. Estos apuntes dan el único “perfil” correcto que puede trazarse de mí. Y por eso he contado, en años posteriores a mi nombramiento, con su posible publicación aunque haya seguido escribiendo para mí mismo y no para el público». Anota el 26 de diciembre de 1956:

«¿Te preguntas si estos apuntes no son, al fin y al cabo, una desviación del sendero de la vida que pretenden, ellos mismos, fijar? Estos apuntes eran los hitos marcados cuando alcanzaste un punto que necesitabas fijar, el punto de referencia seguro para no extraviarse, y eso han continuado siendo. Pero tu vida ha cambiado y ahora cuentas con posibles lectores. ¡Quizá los deseas en realidad! Sin embargo, ¿puede tener un sentido para alguien contemplar un destino del que no quiere hablar quien lo vive? Sí, pero sólo si tus palabras poseen una sinceridad que esté por encima de la vanidad y de la exhibición».

La primera fecha de su diario es de 1925, de cuando tenía veinte años. La última anotación es de agosto de 1961, de pocas semanas antes de su muerte. La evolución de la experiencia y reflexión acerca de ella que hace Hammarskjöld a lo largo de este período se refleja en su diario. No se trata de una autobiografía o de un texto unitario. La palabra “diario” no traduce adecuadamente lo que contiene *Vägmärken*. Se trata, más bien, tal como indica el párrafo que acabamos de citar, de un cuaderno en el que, por la noche, uno toma notas y reflexiona sobre los acontecimientos, no para consignarlos expresamente sino para buscar de establecer las señales que se hacen en la montaña para poder encontrar el camino de regreso, es decir, las *Vägmärken* (de *Väg*, camino, y de *märken*, marcas).

⁽¹⁰⁾ *Vägmärken*, 1941-42. Años de transición.

Por eso es, al comienzo, un texto críptico. No hay referencias ni a los acontecimientos interiores ni a los exteriores aunque a veces puede conjeturarse alguna relación entre los recorridos interiores y la vida pública y sus responsabilidades. Algunos fragmentos son oscuros y difíciles de comprender y, más aún de traducir. La traducción inglesa se considera inadecuada en diversos puntos por las personas que han profundizado en la versión original en sueco. Hay que leer, sin embargo, entre líneas, captar sobre todo la atmósfera y entonces se llega a comprender lo esencial. Hammarskjöld anota sobre todo vivencias y reflexiones, más que datos. A veces, sus anotaciones son como breves poemas, como *haikus* o plegarias, y abundan las frases que pueden tomarse, una a una, como aforismos ⁽¹⁾. Sopesa mucho las palabras, con una enorme sobriedad y concisión, al borde de la paradoja. «Sólo la mano que borra puede escribir lo que es justo» es la cita de Bertil Malmberg que puso como encabezamiento su texto. En parte, escribía igual que hablaba. Algunos periodistas acreditados en la ONU decían que era difícil comprenderle, que empleaba una especie de taquigrafía verbal, quizá la ambigüedad calculada propia del diplomático. *Vägmärken*, además de las citas de sus autores más allegados, contiene numerosas referencias bíblicas: unas veces, indagaciones sobre lo que debió de vivir Jesús mismo, otras, citas literales, pero hechas expresión propia, asimiladas a su propio discurso que, sin embargo, no se sitúa en un registro confesional o piadoso sino poético, existencial. Palabras como sentido, soledad, vida, sacrificio, carga, interior, camino, felicidad, angustia, combate, rendición, Dios, perseverar, responsabilidad, orgullo, aceptación, deber, conciencia, amor, noche, libertad, junto con imágenes extraídas de su experiencia en la montaña (montañas, ríos, el bosque, la naturaleza), conforman el entramado en el que se hilvana la riqueza vital que Hammarskjöld plasmó, poco a poco, en su diario, en el que es difícil entrar pero que pronto nos puede seducir de suerte que podemos llegar a salir de su lectura con la impresión de haber entrevistado el interior de un «alma grande».

(1) Así es como circulan fragmentos suyos todavía en internet.

Cuando apareció *Vägmärken* en 1963 se produjeron todo tipo de reacciones. Fue algo inesperado. A algunos, el libro les produjo admiración, asombro y respeto. Otros consideraron ridículo y grotesco que un ciudadano competente y responsable, el más importante representante de Suecia en el mundo, ocupara su tiempo libre leyendo al Maestro Eckhart o a Tomás de Kempis, o redactando reflexiones de tipo espiritual. De hecho, el libro pronto desapareció del mercado pese a su éxito inicial. La reacción fue distinta en EE UU, donde *Vägmärken* se mantuvo a la cabeza de los *best-sellers* durante más de un año (se vendieron 450.000 ejemplares) y, hasta 1968, hubo veintidós reimpressiones. En los años inmediatamente posteriores a su publicación, se tradujo asimismo al castellano y al francés, aunque pronto la figura de Hammarskjöld cayó en el olvido. Su recuerdo se ha mantenido vivo, sin embargo, en los medios diplomáticos de las Naciones Unidas.

El intento de aprehender a Dag Hammarskjöld aventurado en esta introducción se nos presenta, al final, como un primer ensayo, muy insuficiente. En la medida en que uno se adentra en su biografía, descubre facetas, ámbitos, recovecos, que me habían pasado desapercibidos antes. Sus «marcas en el camino» son eso, sólo marcas, pues el camino permanece sin describir del todo. Esperemos a que podamos disponer de una buena traducción castellana para que cada uno, desde la comprensión de Hammarskjöld que alcance, se aventure, a su vez, en la comprensión de sí mismo, transitando por los espacios inéditos levemente apuntados en las *Vägmärken* de este buen hombre.

Notas sobre la selección de textos de Vägmärken

Como decimos, *Vägmärken* reúne, en doscientas páginas, las anotaciones de un diario. El carácter fragmentario del mismo se refleja con un espacio suficiente, entre fecha y fecha, que aligera tipográficamente el conjunto. Nuestra selección es una segunda traición que se añade a la de la traducción. Dag Hammarskjöld escribe sin un hilo argumental que permita diferenciar objetivamente los párrafos principales de los secundarios, y, además, escribe de una forma tan concisa

y tan simbólica que hace que toda selección suponga una parcialidad en una obra cuya unidad es el recorrido de una vida comprometida consigo misma pese a la variedad de sus registros. Dag Hammarskjöld sugiere mucho y calla mucho también. A veces, como ya hemos dicho, su lenguaje resulta críptico por eso. Otras, es certero como un dardo y nítido como un aforismo. Hemos seleccionado fragmentos que muestren facetas distintas de su itinerario, de sus intereses y de su escritura. Al final de cada fragmento, indicamos la página de la edición castellana de 1965, inencontrable, que hemos cotejado con la inglesa y con la francesa, tampoco del todo fiables.

Sabemos mucho de los grandes acontecimientos históricos del tiempo de Hammarskjöld, que, para una persona con vocación y con práctica política, debieron de tener una importancia especial. Conocemos menos su historia particular. Al comienzo de cada período, recordamos, en cursiva, algunos acontecimientos históricos relevantes de dicho período e incluimos algunos breves comentarios para acercarnos un poco a su contexto personal.

VWVWV

Documentación consultada

Dag Hammarskjöld, *Vägmärken*. Stockholm, Bonniers, 1963. Se tradujo al italiano como *Tracce di cammino* (1963), al inglés, con el título de *Markings* (1964), y al francés como *Jalons* (1966). La edición castellana, *Marcas en el camino*, fue de 1965 (Barcelona, Seix Barral, actualmente agotada). En total, *Vägmärken* se tradujo al menos a once lenguas.

La presente “Introducción” es deudora de los trabajos de Bernard Durel («*Dag Hammarskjöld: un chemin spirituel*», mecanografiado, Couvent des Dominicaines des Tourelles. Saint-Mathieu de Tréviers. 2000; «*Au jardin d’un diplomate suédois: “Jalons” de Dag Hammarskjöld, un itinéraire spirituel*», en

La Vie Spirituelle, marzo 2002, n° 742) y de Gustaf Aulén: *Dag Hammarskjöld's white book. An analysis of "markings"*. Fortess Press, 1969.

Otras fuentes utilizadas:

Dag Hammarskjöld. Britannica Encyclopedia.

Dag Hammarskjöld Acceptance Speech, by Rolf Edberg. Nobel Foundation.

The Nobel Peace Prize 1961. *Presentation Speech* by Gunnar Jahn, Chairman of the Nobel Committee. Nobel Foundation.

Dag Hammarskjöld. The UN years. Dag Hammarskjöld Library.

The New York Times in the web. September 19, 1961.

Saint-John Perse: *Oeuvres complètes*. Incluye la breve correspondencia de Alexis Leger con Dag Hammarskjöld.

Haveman, Ernest: *Le poste diplomatique le plus délicat*. Selection du Reader Digest, 1959, 19-24.

United Nations, Britannica Encyclopedia.



Durante dos conferencias de prensa: 2 de Agosto 1954 y 12 de Junio 1961.